

## FATALIDAD

Ahora estoy aquí con la rodilla derecha destrozada. Sin apenas poderme mover, sentada permanentemente en esta silla desde que me levanto de la cama, con la ayuda de mi marido, hasta que me acuesto, también con su ayuda. Cada minuto que estoy sentada, esperando que el día se me pase, pienso en cómo sucedió todo.

Como cada tarde había llegado la hora de sacar a Barrabás, mi perro. Nuestro Barrabás es muy tranquilo y apenas se despega de nosotros y siempre va a nuestro paso sin que le perdamos de vista. Su caminar es cansino y no sé si es provocado por su asma o si es que simplemente es un perro viejo al que no le gusta andar. Es grande, pero, a pesar de su inmenso volumen, acrecentado por su abundante pelo, no impone a los viandantes, o a quienes se acercan a mi apartamento - un bajo de una de las edificaciones de la urbanización- porque su aspecto de mansedumbre hace que ofrezca una imagen de perro amigable, si me permiten esta expresión tan típica de los buenos programas informáticos.

Iba yo con mi marido, Toni, y con el perro, paseando por las calles adyacentes a la urbanización; como no era tarde y en los días aquellos ya se notaba la influencia de la primavera, y se hacían ya más largos, decidimos prolongar un poco más el paseo acercándonos al pinar que queda cerca de la playa. Todo iba bien hasta que, de repente, ocurrió lo inesperado. Un mastín negro, gigante, más grande aún que Barrabás, se acercó al galope cual caballo desbocado, y se tiró directamente al cuello de nuestro can. Ni Toni ni yo supimos reaccionar a tiempo y ahora bien que lo lamentamos. El mastín

se enzarzó con Barrabás y ambos salieron con mordeduras -más Barrabás que el atacante-, pero lo peor, y lo que da origen a este cuento, fue que mi perro, no sé si por instinto de supervivencia o quizás para encontrar un refugio ante la amenaza que le caía encima, se coló entre mis piernas de tal manera que la derecha quedó atrapada en un lazo asesino de la correa que lo sujetaba. En un intento de alejarse un poco más del agresor tiró con fuerza de la correa y esta me desplazó la pierna de tal manera que me quedó totalmente desalineada del muslo en una posición imposible de describir que me hizo caer al suelo sin que ni yo ni mi marido pudiéramos evitarlo. Mientras tanto los perros seguían con su canina pelea y los ladridos no cesaban. En un gesto de decisión y valentía Toni cogió una larga vara que había caído en la campa de al lado y comenzó a fustigar al mastín; este lentamente fue retrocediendo sin que en ningún momento dejase de enseñarnos su largos dientes y su babeante boca. Cuando estábamos en esas vimos que un joven venía corriendo en busca de Toro, que al parecer así se llamaba el mastín, y le decía ven Toro, ven Toro, pero Toro parecía no oír nada y seguía allí haciendo frente a su enemigo y sus acompañantes, es decir, nosotros. Al ver que yo estaba caída enseguida comenzó a disculparse diciendo "perdone, señora, ¿le ha ocurrido algo?, le ayudo a levantarse. Pero al intentarlo y ponerme de nuevo de pie mi rodilla no me aguantaba y de no ser por el apoyo que me brindó el chico aquel hubiera ido de nuevo al suelo. Atónita comencé a llamarle de todo, a decirle que cómo no tenía al perro mejor controlado, y un sinfín de acusaciones que eran reforzadas por la viva voz con que Toni le recriminaba la conducta.

Como me era imposible andar hube de quedarme allí hasta que Toni fue a buscar el coche a la urbanización y me vino a recoger. Ya algo más calmada, pero siendo a la vez consciente de que algún mal me había producido aquel

perro rabioso, le pedí a mi marido que me llevara al hospital. Allí me diagnosticaron una rotura del ligamento cruzado anterior -como los futbolistas, pensé- y me vendaron la pierna hasta mitad del muslo con el consejo de hacer reposo, tomar antiinflamatorios y analgésicos a discreción y de acudir al traumatólogo para confirmar el desalentador diagnóstico. A veces la rehabilitación viene bien, pero la mayoría de las ocasiones es necesario intervenir la rodilla -me dijo el traumatólogo de guardia del hospital-.

Al llegar a casa ya era la madrugada y apenas pude dormir por el dolor que tenía en la rodilla. Me levanté con la ayuda de Toni, pero enseguida fui consciente de lo que me esperaba. Con aquel vendaje era imposible el más leve movimiento de la articulación así que me quede en el sofá tumbada toda la mañana. Él, mientras tanto, se fue a la comisaria de la Guardia Civil a presentar una denuncia por la agresión sufrida.

Esa tarde mi marido salió al jardín y yo le oía que hablaba con alguien, pero no podía ver con quién. El joven dueño del perro, acompañado de su madre, había venido a interesarse por mí. Pero, luego supe, que no sólo a eso. Explicaron que el perro se les había soltado del lugar donde lo tenían atado y que había saltado la valla, que en cuanto él se dio cuenta, salió en su busca para traerlo de nuevo a casa, pero que llegó tarde. Le pidieron a Toni que por favor retirase la denuncia, que ellos estaban de alquiler en una casa que les habían prestado, sin pagar alquiler, que no tenían otros ingresos familiares que los derivados del trabajo de la madre en un restaurante cercano a la urbanización, que la denuncia les supondría un coste que no iban a poder pagar. Le dijeron que eran gente honrada y que si fuera preciso

ellos colaborarían con los gastos derivados de un fisioterapeuta o de aquello que yo fuera a precisar, pero que, por favor, retirásemos la denuncia.

Cuando mi marido finalizó la conversación con ellos y vino a contármelo no daba crédito a su petición. ¡Solo faltaba!, pensé.

- Pues a mí me han dado pena, qué quieres que te diga. Me han parecido gente buena en apuros.
- Por favor, Toni -le respondí, con cara de pocos amigos-, ya sólo faltaba que te pusieras de su parte.
- Bueno, vamos a dejarlo y ya lo pensaremos -me contestó Toni, sin querer enrocarse en su postura-.

A la noche, en la cama, seguí dando vueltas al asunto de la denuncia y comencé a pensar que, si realmente estaban en una situación económica tan delicada como decían, sería una gran faena correr con los gastos que con seguridad mi lesión iba a originar. Por otra parte si no denunciaba y seguía la vía normal como si aquella lesión fuese producto de una mala caída la rodilla igualmente se me trataría. Sumida en los pensamientos sobre estos pros y contras de mantener la denuncia al dueño de Toro, pasé la noche en vela, sin poder dormir casi nada.

La mañana siguiente fue decisiva porque nada más ponernos a desayunar el tema salió de nuevo a colación.

- Y si retiramos la denuncia, ¿qué pasaría? Después de todo son casi vecinos y, repito, parecen ser gente sin muchos recursos -me recordó mi marido-.

- No te falta razón. He dormido de pena pensando en esta cuestión. No sé qué hacer, la verdad -me lamenté, con cara de duda-
- Tú eres la que decides -me respondió Toni-
- Pues, anda, ve y retírala. Espero que ellos no se echen atrás de sus buenas intenciones de colaborar con los gastos - dije yo.

Según me dijo mi marido, en la Guardia Civil se sorprendieron mucho, pero tras insistir en si esta era nuestra decisión y confirmarla, procedieron a la retirada de la denuncia que por suerte aún no había sido cursada al Juzgado procedente en estos casos. Toni se acercó al restaurante donde la madre trabajaba y allí preguntó por ella.

- Ahora le llamo -dijo el dueño-. Pero si usted es el marido de la señora que sufrió la caída por culpa del perro, debo decirle que es verdad que el único ingreso que hay en esa casa es el derivado del sueldo de María Luisa, nuestra cocinera del restaurante. Yo mismo, conocedor de que están pasando por una mala racha económica, soy quien les ha dejado la casa en la que viven como si fuera un complemento al sueldo que le pago. Si los gastos les aumentan se asfixiarán económicamente.

Agradecido, y reforzado en la decisión tomada, por la información recibida del dueño del restaurante, Toni le contó a la madre lo de la retirada de la denuncia. Ella se lo agradeció fervientemente y le volvió a recalcar su interés en aportar lo que buenamente pudiesen. Le explicó a Toni que su hijo tenía previsto hacer una sustitución en verano y que habían pensado destinar todo este dinero a ir pagando los gastos habidos y por venir.

Ahora que es agosto y han pasado ya dos meses desde el accidente sufrido, he recibido en total 50 euros que me trajo mi marido y que le habían sido

entregados por el dueño de Toro. Aún no sabemos si sus contribuciones a mi curación serán de este calibre, tan escaso, por cierto. Tampoco sabemos si esto es un adelanto o piensan que así van cumpliendo. Cuando Toni trajo el dinero me sentí ofendida porque - pensé para mis adentros- qué piensan estos que cuesta cada sesión de fisioterapia. Visto lo anterior, me temo que su planteamiento es poco colaborativo y que no son nada conscientes del gasto que me está suponiendo el fisioterapeuta, del que por otra parte no puedo prescindir.

Anteayer les vi de lejos y le pedí a Toni que nos pasáramos de acera porque no quería tener que hablar con ellos. Reconozco que una oleada de odio recorrió mi cuerpo cuando sin mayor entusiasmo por parte de nadie nos saludamos en la distancia. Para colmo de males este sentimiento de resquemor me hizo sentirme mal y le obligué a Toni a dar por concluido nuestro ya de por sí sucinto camino de vuelta a casa. Como si esto fuera un presagio de lo por venir al día siguiente, es decir, ayer, la madre del dueño del "asesino" volvió a hablar con Toni y le planteó sin sonrojarse lo más mínimo si no sería más acertado que acudir a un fisioterapeuta privado ir al sistema sanitario público. Argumentó que para nosotros, y por ende para ellos, todo saldría más barato. ¡Menuda cara más dura! Menos mal que Toni tuvo los reflejos suficientes como para ponerle a la señora en plano de realidad. Le dijo que se podían meter el dinero por donde les cupiese, pero que a él le habían decepcionado de manera flagrante como personas y que en adelante se abstuvieran de relacionarse con nosotros.

Por otra parte sigo esquivando la suerte. Ayer mi marido fue a reclamar que no nos habían llamado del hospital para revisar la rodilla, y nuestra sorpresa fue mayúscula cuando nos enteramos que habían excluido el expediente

clínico, mi expediente, porque, según ellos, no habíamos contestado al teléfono en ninguno de los números que habíamos dejado para avisarnos de mi deseada cita. Para nosotros era imposible demostrar que no habíamos recibido ninguna llamada del hospital por lo que todo quedaba a la buena voluntad del personal del hospital. Después de muchas gestiones, de dos o tres comparencias de Toni en la Secretaria de Trauma del Hospital, logramos que una administrativa se apiadase de nosotros, de mí para ser más exacto, y me han dado una cita para dentro de un par de semanas, es decir, dos meses y medio después del accidente. Con este nuevo contratiempo mi ánimo está por los suelos y me pregunto si alguna vez recuperaré mi rodilla.

Sin embargo, por poner un punto de luz en esta negra historia, el fisioterapeuta me ha dicho que ya puedo dar pequeños paseos, de no más de 200 a 300 metros, aunque con ayuda de una muleta. Esto me satisface, pero pienso para mis adentros si no fuimos mas cándidos e inocentes que un niño y que nos dejamos engañar como bobos. Me planteo dónde esta la diferencia entre ser buenos y ser tontos. Y me pregunto por qué seré dueña de la fatalidad más absoluta.